

Discurso "70 Aniversario de la Universidad del Salvador"

Luciana Souto,

Secretaria Académica de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales

Buenos días autoridades, colegas, docentes, estudiantes, graduados, invitados especiales y miembros de esta querida comunidad.

Es para mí un gran honor y una responsabilidad, estar hoy aquí, en una celebración tan significativa, representando a tantos académicos que, desde hace años, trabajan con el alma y el corazón para construir una mejor universidad. Siento este momento como un reconocimiento colectivo a una vocación que se renueva cada día.

Me gustaría invitarlos a hacer algo muy simple por un instante: cerrar los ojos... y recordar el primer día en que llegaron a la USAL.

Porque la tarea del académico —y, en realidad, de todos los que formamos parte de esta comunidad— se parece mucho a un viaje.

Un viaje que comienza con una decisión, con expectativas y también con cierta incertidumbre. Un viaje que se va construyendo con aprendizajes, desafíos y encuentros. Y que, con el paso del tiempo, se transforma en un recuerdo imborrable.

Hoy todos compartimos ese mismo camino: algunos dan sus primeros pasos, otros lo transitan en pleno crecimiento, muchos lo recorren con la experiencia de los años y otros ya han dejado su huella... pero todos, sin excepción, somos parte de una misma historia.

Mi vínculo con la Universidad del Salvador es, literalmente, de toda la vida. Siempre digo —y no es solo una metáfora— que casi nací acá. Mi mamá cursaba su último año embarazada de mí, así que, de algún modo, la USAL ya me estaba formando antes incluso de empezar a caminar.

Años después fui alumna, docente, colaboradora académica... y desde entonces, nunca me fui. Y creo que eso no es casualidad. Porque la USAL no es solo una institución: es una comunidad viva. Es un lugar al que uno llega por una etapa... y en el que termina quedándose por un sentido.

Muchas veces nos preguntan qué tiene de especial esta universidad. Y yo creo que la respuesta está en algo simple, pero profundamente significativo: el sentido de pertenencia.

En la USAL nos sentimos parte. Parte de algo más grande que nosotros mismos. Una gran familia.

Y como toda familia, atravesamos momentos de fluidez y también desafíos. Pero es justamente ahí donde se fortalece lo que somos.

Ese espíritu tiene raíces profundas en la tradición ignaciana, en el legado de San Ignacio de Loyola, que nos invita a buscar siempre el magis: ese "más" que no implica hacer más cosas, sino hacerlas mejor. Con mayor compromiso, con calidad humana y con sentido.

Un modo de liderazgo que no pasa por ocupar un lugar, sino por vivir con coherencia, conocerse a uno mismo, actuar con creatividad y poner el corazón en lo que hacemos.

Y creo que eso define muy bien nuestro desafío como académicos.

Porque ser académico en la USAL no es simplemente cumplir una función. Es asumir, cada día, la responsabilidad de formar personas, acompañar trayectorias y sostener valores.

Nuestra universidad lo expresa en su lema: "Ciencia a la mente y virtud al corazón". Pero ese lema no puede quedar solo en palabras. Depende de cada uno de nosotros, en nuestra tarea cotidiana, hacerlo realidad.

En cada decisión, en cada clase, en cada conversación con un estudiante, estamos dando forma a ese ideal.

Y ahí aparece algo fundamental: el amor por lo que hacemos.

Recuerdo una profesora que nos decía que había que abrazar la profesión. Y, aunque suene exigente, tenía razón: cuando uno ama lo que hace, deja de ser solo trabajo para convertirse en vocación.

Y eso también se refleja en el clima que construimos. Porque trabajar en un entorno de respeto, de escucha y de humanidad no es un detalle menor: es parte esencial de la formación que brindamos.

Hoy, al celebrar estos 70 años, no solo conmemoramos una historia. Celebramos un modo de hacer universidad: un modo que pone en el centro a la persona, que promueve el pensamiento crítico, pero también la sensibilidad y el compromiso con la sociedad.

Y en ese camino, los académicos tenemos un rol clave: ser coherentes entre lo que enseñamos y lo que hacemos.

Por eso, me gustaría cerrar con dos ideas que nos interpelan profundamente.

San Ignacio de Loyola decía: "El amor se debe poner más en las obras que en las palabras". Que ese sea nuestro norte: que lo que hagamos todos los días hable más fuerte que cualquier discurso.

El Papa Francisco dejó a los jóvenes un mensaje lleno de cercanía y compromiso, que hoy ya forma parte de nuestra cultura: "Hagan lío".

Que sepamos asumir y hacer propio ese legado, generando ese "buen lío": el que incomoda para mejorar, el que despierta conciencias, impulsa cambios y nos invita a salir de la comodidad para seguir creciendo como Universidad.

Sigamos construyendo esta casa común con compromiso, con pasión y con sentido.

Porque, al final, lo que permanece no son solo los años... sino la huella que dejamos en los demás.

Muchísimas gracias.